

DE LA ENSEÑANZA RELIJIOSA

**Discurso de incorporación del Pbro. D. Rafael
Lira I. en la Facultad de Teología de la Univer-
sidad de Chile.**



DE LA ENSEÑANZA RELIJIOSA

**Discurso de incorporación del Pbro. D. Rafael Lira I.
en la Facultad de Teología de la Universidad de Chile.**

INTRODUCCION

IMPORTANCIA DE LA MATERIA

Señor Decano, señores:

Entre los arduos i trascendentales problemas que traen hoi preocupada la atención de los pueblos i gobiernos i dividida la opinión de los hombres pensadores, figura en primer término el de la educación. Cuantos de veras se interesan por el bienestar del individuo i de la sociedad no pueden menos de reconocer que es ésta una cuestión de vida o muerte; porque en realidad, de la buena o mala dirección que reciba el

hombre en sus primeros años, depende, por lei jeneral, el curso de su vida i el éxito final de su carrera. Los libros Santos nos aseguran que el hombre, aún cuando llegue a la vejez, no se desviará del camino de la adolescencia. Pero, si en este punto están todos de acuerdo, no todos, por desgracia, convienen en el método de educar a la juventud, esto es, en los medios que deben emplearse como más adecuados para conseguir el doble objeto de toda buena i verdadera educación, es a saber, la cultura intelectual i la formación del corazón; i de aquí que aparezcan hoi más que nunca, en la escena del mundo, dos grandes i poderosas escuelas educacionistas, religiosa la una, la otra laica, disputándose encarnizada i tenazmente el imperio de los tiernos vástagos de la humanidad.

Que la verdadera educación, si quiere llenar debidamente su noble cometido, debe estar basada en la enseñanza religiosa, es lo que me propongo demostrar, al venir por vez primera a vuestro lado, acudiendo al llamado benévolo que me habéis hecho, para darme un puesto en esta Facultad, que honraron siempre sacerdotes ilustres i beneméritos. No me habría atrevido ciertamente a aceptar la designación honrosa que me habéis dispensado, si no estuviera firmemente persuadido de que en mi humilde persona habéis querido rendir un homenaje de filial cariño al establecimiento que os sirvió de cuna en vuestra carrera sacerdotal, al Seminario de Santiago, cuya dirección, sin méritos de mi parte, me fué confiada por voluntad superior, que debí acatar.

LA ENSEÑANZA RELIJIOSA ES BASE DE LA ESMERADA
EDUCACIÓN QUE PROCURA NUESTRO SEMINARIO

Al escojer el tema que intento desarrollar acerca de la necesidad e importancia de la enseñanza religiosa, tanto para la completa instrucción de la inteligencia como para la perfecta formación del corazón de los alumnos, he tomado mui en cuenta el que así me será dado manifestar la sabiduría i el acierto con que procedieron los preclaros fundadores de nuestro Seminario al establecer, en sus bien pensados Estatutos i Reglamentos, como base incommovible de toda la enseñanza que allí se da, las doctrinas de la Iglesia Católica promulgadas por el Maestro Divino que es Camino, Verdad i Vida; doctrinas luminosas que informan la vida entera del alumno del Seminario, i con las que se han formado allí lejonos de invictos defensores de la verdad i de la justicia i numerosas jeneraciones de ilustres i virtuosos servidores de la Iglesia i de la Patria.

EL ILLMO. SEÑOR CARO, SU PREDECESOR EN LA FACULTAD, ES APÓSTOL INFATIGABLE DE LA ENSEÑANZA RELIJIOSA ; SE RECUERDA SU OBRA.

Entre ellos podemos contar sin duda al Illmo. señor Dr. D. José María Caro, dignísimo Vicario Apostólico de Tarapacá, que fué hasta ayer miembro esclarecido de esta respetable Facultad universitaria, i de la que, con su peculiar modestia, ha querido retirarse ahora por estimar que no le es posible cumplir, en forma debida, las obligaciones correspondientes.

De clara inteligencia i de profunda penetración no tardó el señor Caro en manifestar, como alumno del Seminario, aptitudes especiales para los estudios de las ciencias sagradas, razón por la cual sus superiores le enviaron a perfeccionarlos a la célebre Universidad Gregoriana de Roma; i en este bien reputado centro del saber, después de brillantes pruebas, se graduó de Doctor en Teología Dogmática, en esa ciencia elevadísima en que el entendimiento humano, en alas de la Revelación i de la razón, remonta su atrevido vuelo hasta la misma Divinidad para espaciarse en esas bellas rejiones de la eterna vida i sondear hasta donde le es posible las perfecciones infinitas del Ser Supremo, primer principio, i fin último de todo lo creado.

Desde entonces el docto Teólogo ha trabajado con celo infatigable en difundir por doquiera el conocimiento de las sublimes verdades de nuestra sacrosanta Relijión. Como sabio maestro esplicó sus dogmas en la Cátedra de Teología Dogmática de nuestro Seminario, donde me cupo en suerte escuchar su autorizada palabra i sus profundas i eruditas lecciones.

Ha mostrado asimismo los sólidos fundamentos de la verdad revelada en su obra, justamente estimada, de los *Fundamentos de la Fe*, donde muchos entendimientos ávidos de la verdad han encontrado tesoros valiosísimos para confirmarse más i más en sus creencias i no pocos espíritus rectos hallaron también en sus páginas la luz bienhechora que les hizo abandonar las sendas del error i enderezar sus pasos por el camino de la verdad.

Con afanoso empeño ha llevado el señor Caro el conocimiento de la verdadera Relijión a los pequeños

i a los grandes, a los habitantes de los pueblos como a los moradores de las pampas, predicándola con sencilla claridad en sus interesantes catequesis i esponiéndola razonadamente en numerosos folletos i hojas de eficaz propaganda.

Bien merecía, por tanto, el hábil i virtuoso sacerdote la distinción que con jeneral aplauso, le otorgó el Pontífice Supremo, elevándole a la alta jerarquía de Príncipe de la Iglesia i confiriéndole misión delicada i por demás laboriosa, como lo es la del Vicariato Apostólico de Tarapacá, a fin de que allí en más dilatado campo diera expansión a su celo i a su prodijiosa actividad.

Sobrados títulos poseía asimismo el diestro cultivador de las ciencias Sagradas para formar parte de esta Facultad de nuestra Universidad Nacional, que tiene por objeto tutelar la enseñanza de la Relijión i promover el estudio de aquellas altas i nobilísimas ciencias.

¡Ya comprenderéis, señores, con cuanta confusión de mi parte vengo a ocupar el puesto que el Illmo. señor Caro dejó vacante!

No quiero contrariar la virtud característica de su persona, haciendo el elogio de sus méritos, como es costumbre en estos casos, i paso a desarrollar el tema que os anuncié, como un sencillo i sincero homenaje a la obra predilecta de mi ilustre predecesor, del recordado maestro i del infatigable apóstol.

II

LA ENSEÑANZA RELIJIOSA ES BASE DE LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA.

La instrucción relijiosa es, señores, la parte esencial de la educación. Por nobles i preciosos que sean los conocimientos humanos, no podrán dar otro resultado que formar un cuerpo sin vida: la enseñanza de la relijión es el alma que debe vivificarlos.

Por eso esta enseñanza es la base de la instrucción primaria. Así lo dicta la esperiencia de los siglos, de ello están persuadidos los educacionistas más distinguidos i lo demuestra la simple razón natural.

«La instrucción es nula entre nosotros desde hace diez años, decían los Consejos departamentales de Francia, al primer Cónsul, porque le falta la base relijiosa».

«Vuestra escuela no será buena, esclama Thiers, sino a la sombra de la sacristía». «No hai instrucción, escribe Portalis, sin educación, sin moral i sin relijión. Los profesores i maestros son la voz que clama en el desierto, porque han promulgado imprudentemente que en las escuelas no debe hablarse de relijión». «Es necesario, añade, poner la relijión como base de la educación. Sin ella las costumbres se corrompen i entonces se levanta de las escuelas el pueblo feroz. . . De aquí, es, concluye, que con la abolición de la instrucción relijiosa hanse confundido las nociones de lo bueno i de lo malo; los niños se hacen vagos i ladrones i su carácter se vuelve feroz i bárbaro».

La escuela primaria, si quiere hacer obra fructífera, no debe, pues, limitarse a enseñar al niño los primeros rudimientos de las ciencias; sino que al mismo tiempo de enriquecer su entendimiento con la verdad, debe desarrollar su carácter i formar su corazón para que ame el bien i el cumplimiento del deber i los practique con inquebrantable i constante entereza. Y ¿quién sino la moral relijiosa es capaz de realizar este prodigio?

Las cuestiones del orijen i fin del mundo i de la humanidad preocupan tanto al niño como al hombre formado; i de ahí la necesidad de ese libro, tan pequeño en su volumen como grande por la profundidad e importancia de sus enseñanzas, que llamamos *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, compendio admirable de la fe i de la moral, donde el hombre aprende lo que ha de creer i lo que ha de obrar; que habla no sólo a la intelijencia, sino también al corazón. En él, junto al Credo, encontramos el Decálogo, sucinto tratado de los profundos misterios de la fe, código magnífico de las virtudes, los deberes para con Dios i las prácticas del culto al lado de los deberes para con nuestros semejantes i de las obras de misericordia. Código sorprendente de pedagogía, que arrebató la admiración de los mismos impíos. Con sus lecciones resuelve el niño con entera certeza los más grandes problemas que ajitan a la humanidad; de donde viene el hombre i a donde va, su orijen i su destino en esta vida i en la otra; quién ha creado el mundo, cómo se pobló la tierra, por qué se hablan en ella diversas lenguas... A todo contesta con sublimes i categóricas respuestas. De este libro, con más verdad que lo que

de otro afirmaba el poeta latino, podemos decir a nuestra juventud: «Nocturna versata manu, versate diurna».

III

LA ENSEÑANZA RELIJIOSA ES BASE DE LA INSTRUCCIÓN SECUNDARIA I SUPERIOR. CONEXIÓN ÍNTIMA ENTRE LA RELIJIÓN I LAS DEMÁS CIENCIAS.

I, si de la intrucción primaria nos remontamos a la secundaria, con sobrada razón podemos afirmar también que la enseñanza relijiosa es el sol que alumbra todos los conocimientos i que esplica todos sus misterios. Las ciencias humanas no bastan para impedir que la juventud se estravíe a los primeros pasos que da en las sendas de este mundo; solamente la ciencia de la fe, verdadera antorcha de la vida humana, puede guiarla en el camino del honor i de la felicidad.

¿Qué verdades, en efecto, más interesantes i más útiles, pueden preocupar al entendimiento que las que se relacionan con la existencia del Ser Supremo, primer principio i fin último del hombre i de todo ente creado, con la naturaleza de nuestro ser, con la inmortalidad del alma; verdades que la razón al par que la revelación nos descubre con admirable claridad?

Imprescindible i necesario es, por otra parte, el estudio de la relijión para el joven que cursa las humanidades; porque son íntimas i estensas las relaciones que hai entre la relijión i la instrucción en letras i ciencias profanas. En todas ellas nos acompañará efectivamente la idea i nombre de Dios. Apenas nos

introduzcamos en el orden de la naturaleza por la consideración de sus obras sorprendentes, a la vista de las maravillas del mundo, nos habremos de preguntar a cada paso: ¿quién ha hecho eso? ¿quién lo gobierna? ¿quién lo conserva?... i levantando los ojos al cielo, la razón nos responderá: ¡Dios!...

I cuando más tarde entremos en el mismo mundo visible por el camino de la ciencia i nos embarguen la sorpresa i el asombro ante los seres inmensamente grandes i ante los inmensamente pequeños, nos volveremos a preguntar: ¿quién ha dictado leyes a los cuerpos celestes i a los átomos? ¿qué nombre han escrito las estrellas, con su brillo, en el firmamento? ¿de quién nos habla con sus cambiantes de luz la tenue gota de rocío que se mueve en la brizna de la yerba? i siempre nuestra razón de acuerdo con la revelación, sin distraernos con esplicaciones vacías i sin quedarse en las causas segundas, por ellas nos hará subir, siguiendo a todos los jenios i a todos los siglos, en línea recta a la causa única primera i su respuesta científica i razonada será: ¡Dios!...

¿Quién no ve la conexión de la historia profana con las doctrinas i la historia de la revelación i de la Iglesia? Es imposible una historia verdadera del linaje humano, sin que se narren i consideren los orígenes del mundo, los hechos del pueblo de Dios, la venida del Mesías, la predicación del cristianismo, el curso de la Iglesia, etc. Todo se halla tan ligado con la vida de los pueblos cristianos, que no se concibe cómo podría contarse su historia sin tocarlo i aún sin darle una parte principal. Ahora bien, según sean verdaderas o falsas la narración i apreciación de los hechos

históricos, se comprende sin dificultad que serán conformes o adversos al catolicismo.

Por ella sabremos también como todos los pueblos han tenido religión i han reconocido la existencia de Dios; i deduciremos de aquí la evidencia de esta verdad, que se ha impuesto a todo el jénero humano.

I, cuando así a la luz de la historia verdadera veamos cómo los imperios se suceden a los imperios i se mezclan los grandes crímenes con las grandes virtudes, i que en pos de los progresos vienen las decadencias i que el reino de los malvados sigue al reino de las jentes honradas, i cuando nos preguntemos confundidos quién tiene las llaves de esos misterios, quién es capaz de poner orden a ese caos i quién dirige al hombre cuando el hombre se ajita, otra vez nuestra razón iluminada por la fe, sin recurrir a las vanas fórmulas de un determinismo, que es la lei glacial de la fatalidad, nos mostrará la mano que tiene la balanza del destino, nos nombrará la Providencia i siempre su respuesta segura e irrefutable será: ¡Dios!..

¿I quién podrá desconocer el estrecho i continuo contacto de la literatura con la religión?

Bien sabéis, señores, que para la enseñanza de ese ramo se ponen en manos de la juventud los libros de los poetas, oradores e historiadores; se traen ejemplos i sentencias, se dan ideas de gusto, de imaginación i de arte para hablar i escribir en los distintos jéneros de la literatura, todo lo cual tiene íntima relación con las verdades relijiosas.

Encontraremos, sin duda, en este mundo de lo bello, de la poesía, de las letras, de la elocuencia i de las artes todo lo que es capaz de agradar, todo lo que puede elevar: el talento, con su gracia encantadora i armo-

niosa; el jenio, con su vuelo i sublimidades; i cuando trasportados a los últimos límites de las concepciones del hombre, nos preguntemos anhelantes qué es ese más allá que presentimos a lo lejos i que no podemos alcanzar; qué ideal es ese tras el cual vamos i que es más bello, más grande i más verdadero que todo esto, la razón guiada siempre por luz superior, nos señalará lo infinito, nos nombrará al Altísimo i su consoladora i firme respuesta será: ¡Dios!..

Llegando ya a lo más alto de las ciencias, ¿quién podrá negar la relación estrechísima entre la filosofía i la teología?

Ciertamente existe una ciencia jeneral compuesta de principios i conclusiones que la razón saca de la naturaleza de los seres sujetos a la observación, ciencia que difiere de la revelada i que se conoce con el nombre propio de filosofía. Mas, según sea esta verdadera o falsa será favorable o contraria a la teología. Cualquier error, en efecto, en materia filosófica trasciende a los dogmas. Así, falsas nociones sobre la constitución del ser humano, sobre la espiritualidad de su alma, sobre la libertad e imputabilidad de las acciones pueden subvertir enteramente las verdades reveladas.

Cuando en el campo de la filosofía, cansados de sistemas contradictorios, entremos de lleno en el fondo de las cosas i, estudiando la naturaleza de los seres contingentes, el orden admirable del mundo, la necesidad de un primer motor que haya dado el impulso primero de la vida, encontremos finalmente un ser primero i necesario, un ser soberano, principio i eterno fin, idea sustancial, lei viviente de los seres, incomprendibles a toda intelijencia creada, único capaz de

explicarlo todo, luz de nuestro pensamiento, móvil de nuestra conciencia, atractivo de nuestro amor; si entonces pedimos su nombre, la razón nos hará inclinarnos reverentes i descubrirnos delante de El, como lo hicieron los grandes sabios del mundo, i exclamaremos entusiasmados llamándolo ¡Dios! i prorrumpiremos con el Rei Profeta: Domini est terra et plenitudo ejus, orbis terrarum et universi qui habitant in eo; e invitaremos con el Salmista a las criaturas todas para cantar las glorias del Criador: benedicite, omnia opera Domini Domino.

Estrecho vínculo une, por tanto, a la relijión con las demás ciencias del saber humano; e incompletas quedarían éstas sin el estudio prolijo de aquella que es, entre todas, la reina.

IV

DIOS ES FUNDAMENTO ÚLTIMO DE TODA CIENCIA. SIN ÉL I POR CONSIGUIENTE SIN LA ENSEÑANZA RELIJIOSA SON INESPLICABLES LAS CIENCIAS.

Mas, no sólo hai entre ellas esta íntima relación i necesario contacto, sino que sería del todo imposible concebir ciencia alguna si se prescinde de Dios, que es el fundamento último de la ciencia relijiosa así como de la profana.

En efecto, los principios universales de las ciencias nos bastan para demostrar que ellos suponen la existencia de Dios, como base última i necesaria de las mismas; i por tanto las ciencias nos llevan al conocimiento de las verdades relijiosas.

Toda ciencia importa un conjunto de principios en

que se contienen las verdades que le son propias. De entre éstas hai unas a que se da el nombre de reales, a saber, aquellas que versan sobre cosas existentes; v. gr. el sol es un cuerpo lúcido i luciente. Otras hai que se llaman ideales, por cuanto hacen abstracción de las existencias del mundo i versan sobre la esencia de las cosas; v. gr. dos más dos son cuatro.

Las verdades ideales no sólo son constitutivas de las ciencias especulativas sino también fundamento de las prácticas. ¿Hai alguna ciencia que no descansa en el principio metafísico llamado de contradicción: es imposible que una cosa sea i no sea al mismo tiempo? ¿puede haber discurso en alguna ciencia sin el principio de la lógica: la consecuencia se contiene en el antecedente, o sea, en las premisas?

Conviene notar que al paso que las verdades reales, excepto las de Dios, las concibe el entendimiento como contingentes, las ideales las concibe como necesarios; i por ser contingentes las verdades reales pueden sufrir alteraciones ya sustanciales, ya accidentales, según que las sufran las cosas finitas cuya existencia contienen.

Así, tiempo hubo en que el sol no alumbraba, i tiempo puede haber en que deje de alumbrar. Las verdades de que tratamos se conforman, pues, a la condición de las cosas que espresan, i siguen su suerte.

Mas, como necesarias, las verdades ideales no son susceptibles de mudanza alguna. Existan o no existan las cosas sobre que versan las verdades ideales, ellas subsisten i son lo que son, necesarias, inalterables.

Puede el mundo dejar de existir, pero siempre será verdadero el principio de que no es posible que una cosa sea i no sea a un mismo tiempo. Puede no haber

hombres, pero siempre será verdadero que no es conforme al orden de la razón, ni honesto i lícito hacer el mal.

Previas estas advertencias, pasemos a definir lo que es la verdad; i, siguiendo a los filósofos, diremos que es la adecuación de la mente con el objeto entendido. De aquí, que son absolutamente imposibles conceptos que no corresponden a nada; es cierto que podemos formar ideas de cosas que no existen, pero derivándolas de cosas que existen, combinándolas o disponiéndolas en diversas formas. Dedúcese, por tanto, que toda verdad, sea real, sea ideal, se funda en algún objeto del cual se deriva; i dedúcese de ahí también que ese objeto con el cual tiene que conformarse la verdad, ha de ser el fundamento de las cualidades esenciales a ella, a saber: de la contingencia propia de las verdades reales i de la necesidad propia de las ideales.

Ahora pregunto: ¿cuál es el objeto de que se derivan las verdades reales? Excepto la de Dios, las verdades reales se fundan en los seres del mundo.

Entre estos seres i los conceptos que los reproducen hai perfecta conformidad. La existencia de dichos seres es un hecho contingente, ya que las cosas del mundo, como finitas, han podido no existir, pueden dejar de ser i son susceptibles de alteraciones, ya más, ya menos grandes, en todo lo que no es esencial al ser de las mismas; de ahí, el que sean contingentes las verdades que corresponden a ellas.

Puesto que toda verdad ha de tener fundamento en alguna realidad, ¿cuál de éstas orijina las verdades ideales? Esa realidad ¿es el ser de las cosas mundanas? Ciertamente que nó. Las verdades ideales no depen-

den de la existencia de los seres del mundo. Sin que repugne a nuestro entendimiento ni entrañe la menor contradicción, podemos suponer, ora que nunca hubieran existido las cosas finitas, ora que desaparezcan las existentes; i no por esto se destruirán las verdades ideales. Pueden ellas carecer de aplicación por falta de objetos o hechos a que convengan, pero jamás dejan de ser verdades, porque son verdades en sí mismas, independientemente de la existencia de toda cosa finita.

Los seres del mundo pueden existir o nó; pero en caso de existir, es evidente que tienen que ajustarse a las verdades ideales; por donde, las verdades ideales son superiores a los seres del mundo, son condiciones necesarias de la existencia de los mismos.

ABSURDO DEL IDEALISMO TRASCENDENTAL DE KANT

No encontrándose en el ser de las cosas mundanas el fundamento de las verdades ideales, ¿se encontrará acaso en nuestro propio entendimiento? — Así lo sostiene Kant i su escuela. Este filósofo reconoció la independencia i superioridad respecto de los seres del mundo, de las ideas universales, a las cuales, llama categorías. Mas, no subiendo al último origen de ellas, las tomó por simples leyes de la mente, por formas intrínsecas i absolutas de la misma, sin otro fundamento que la propia naturaleza del espíritu humano.

Desconociendo así la relación de lo subjetivo con lo objetivo i teniendo a la razón del hombre por fuente de lo que es necesario, inmutable i eterno, echó los cimientos del idealismo trascendental, de esa filosofía

en que Hejel i otros, consecuentes con el principio fundamental del maestro, forjan sistemas nebulosos que mezclan monstruosamente lo ideal con lo real, lo absoluto con lo contingente, lo finito con lo infinito.

La verdad es, señores, que todos los conceptos de la mente se fundan en alguna realidad. Para la producción de nuestras ideas, no basta, efectivamente, la facultad de conocer de que estamos dotados; es indispensable la aplicación de la misma, a algún objeto que la excite i fecunde i al cual represente o reproduzca. La mente, por tanto, no orijina o forma el objeto, sino que lo reproduce i lo contempla.

I aún cuando hubiéramos de considerar las verdades ideales como simples formas del entendimiento, sin correspondencia con objeto alguno del cual se derivan, ese entendimiento no podría ser el de ningún ser finito por la misma razón de su contingencia, que antes espusimos.

Las almas humanas han podido no existir i podrían dejar de existir, es decir, no son seres que existen de sí mismos, cuya inexistencia repugne. I las verdades ideales son necesarias, independientes de nuestro ser i de nuestra mente; ellas serían lo que son, aún cuando nosotros no existiéramos.

El fundamento último de las verdades ideales no se halla, pues, ni en las cosas del mundo, ni en la inteligencia de los seres finitos. I como dichas verdades han menester para existir de fundarse en algún objeto, no queda otro del cual derivarlas, que Dios; i así se explica la necesidad que le es distintiva i esencial.

La realidad en que se fundan dichas verdades ha de ser tal, que orijine las cualidades que le son propias. Si dichas verdades son necesarias, eternas, inmutables,

imperecederas, también necesaria, eterna, inmutable, imperecedera ha de ser la realidad en que se fundan. Tal realidad es Dios.

Siendo Dios el origen del mundo tiene que contener en Sí las ideas i razones de todas las cosas creables i ninguna puede venir a la existencia, sin modelarse por esos eternos ejemplares.

A esos ejemplares o tipos necesarios, inmutables, eternos, corresponden las verdades ideales concebidas por nuestro entendimiento, aquellas verdades en que, haciendo abstracción de los seres finitos, consideramos sólo la esencia i relaciones esenciales de los mismos.

ABSURDO DEL ONTOLOJISMO.

Al afirmar que Dios es el fundamento de las verdades ideales, no pretendo en manera alguna sostener, con el ontolojismo de Mallebranche que nuestro entendimiento las percibe con luz divina en la misma esencia increada i creadora. Bien se comprende que no es natural a ningún finito entendimiento ni el ver a Dios en El mismo, ni el ver en las mismas ideas divinas la esencia de los entes del mundo, ni el ver cómo éstos proceden en sublimes i majestuosos raudales, del inmenso piélago de la existencia necesaria.

Puesto que el entendimiento del hombre tiene luz propia i adecuada a la naturaleza finita de su ser, por tanto, luz limitada, es obvio que no puede alcanzarle ella para penetrar el arcano de la divinidad i especular en él los orígenes i razones de las cosas creadas; pero le basta, ciertamente, por una parte, para

comprender los objetos del mundo que lo rodea, para abstraer las ideas de los mismos i para concebir sus esencias i las relaciones i leyes por las cuales se modelan; i por otra parte, para elevarse por la consideración de esos mismos objetos i de los principios universales que los dominan, al concepto de un ser infinito i necesario, principio i fin de las cosas contingentes, fundamento único de todo lo real i de todo lo ideal.

Vemos, pues, a Dios con la luz intrínseca de nuestro entendimiento a través de lo mundano, en que reverbera la claridad del Eterno.

Podemos ya concluir que sólo un ser que existe de sí mismo i por necesidad, que es la fuente de todo lo que existe i puede existir, del cual las demás cosas no sean sino participaciones o imitaciones más o menos perfectas, por el cual todas ellas hayan de modelarse, puede ser origen de esas verdades ideales que constituyen principios, leyes o condiciones para los seres contingentes. Ese ser es Dios. Suprimida su existencia quedan sin explicación las verdades necesarias e inmutables i por ende todo el orden científico que de ellas se deriva.

SE CONFIRMA EL ARGUMENTO CON LA AUTORIDAD DE
SABIOS MAESTROS.

Con este argumento del todo metafísico, se complacía sobremanera en mostrar la existencia de Dios el gran Obispo de Hipona, el glorioso San Agustín, como podemos verlo en su tratado *De Trinitate*. Con notable sabiduría lo desarrolla asimismo en su *Suma Teológica*. (Qq. dispp. *De veritate*.—Qu. XI *De magis-*

tro) el Anjel de las Escuelas, Santo Tomás. I con su acostumbrada precisión lo espone, en sus luminosas obras, nuestro gran filósofo, profundo pensador i eximio publicista, el Illmo. señor. Dr. D. Rafael Fernández Concha, gloria preciosísima de la Iglesia i de nuestra patria; i cuyo nombre me complazco en recordar, con sumo respeto i profunda gratitud, en este centro del saber, que honró como sabio Maestro.

MUTUA AYUDA QUE SE PRESTAN LA REVELACIÓN I LA RAZÓN.

Como del manantial se surten los arroyos que van a fertilizar la tierra, así de la fuente inagotable e infinita de toda verdad, que es Dios, se surten la razón i la revelación, esas dos caudalosas corrientes que reparten a las criaturas racionales las verdades que Dios les participa.

Por eso fácil es de comprender que, partiendo ambas del mismo principio único e inmutable de toda verdad, no es posible que se estorben ni contradigan. Mui lejos de ello, se ayudan mutuamente i se prestan recíprocos servicios.

Desde luego, la razón examina i profundiza aquellas verdades que con sobrada justicia se ha llamado preámbulos de la fe. Con su luz sabe el hombre que Dios, como infinitamente sabio i veraz, no puede engañarse ni engañarnos, i que, si ha hablado a los hombres, debe haber dejado signos característicos que den a conocer su revelación. La razón es también capaz de darse cuenta de los verdaderos milagros i profecías,

i de distinguir cuál es la doctrina i la institución que confirman esos hechos sobrenaturales.

Pero la luz natural no sólo conduce al hombre hasta el vestíbulo de la fe, manifestándole los motivos de credibilidad; entra además en el nuevo horizonte, se posesiona de los dogmas que le da a conocer la revelación, aumenta su caudal con esas nuevas verdades, esplica la no repugnancia de los dogmas i lo que en ellos hai de inteligibles, aplícales sus propios criterios haciendo ver que de ninguna manera se oponen a éstos, i los defiende contra las objeciones que hacen los enemigos de la revelación. Ya se puede columbrar cuanto sirve en esta parte la razón a la fe, i los más encumbrados talentos han ejercitado en la serie de los siglos con lucimiento i brillo su ingenio i laboriosidad en esta altísima materia.

En fin, la razón, con los datos que le da la doctrina revelada, forma la más elevada i grandiosa ciencia que haber puede, la Teología, en la cual, suministrando el Creador los materiales, toca a la criatura levantar el magnífico edificio del más alto de los conocimientos humanos para llegar, no ya temerariamente, a la misma divinidad. A la manera, en efecto, que las ciencias humanas no son más que el desarrollo de las verdades primarias de la inteligencia, la ciencia divina no consiste en otra cosa que en la reunión ordenada de los artículos de la fe i de la serie de consecuencias que se desprenden de ellos. I que tal objeto no es una quimera manifiéstanlo los luminosos trabajos, las obras monumentales de las más sublimes inteligencias que, como las de Agustín, Tomás, Suárez i tantos otros ha encerrado en su seno el cristianismo.

Si la razón presta sus servicios a la revelación, ésta á su vez ayuda sobre modo a la primera.

Desde luego, enseñando la revelación muchas verdades del orden natural, las reviste de un nuevo carácter, que asegura su estabilidad i las defiende de los ataques que promueve la impiedad aguijoneada por las pasiones.

La historia de la humanidad nos hace ver cuán flaco es el entendimiento humano i cómo, separándose de las luces de la fe, antes i después del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, se ha precipitado en los mayores delirios, en las más torpes aberraciones. La revelación, pues, tiende una mano amiga a la razón, la fortifica i no la permite rebajarse hasta donde la han conducido la tenacidad i el orgullo.

En seguida la revelación descubre al entendimiento un mundo mucho más excelso, un horizonte mucho más vasto, en que pueda remontar su vuelo a sublime altura. En efecto, la revelación absolutamente sobrenatural, además de proyectar su luz a la esfera de los conocimientos asequibles a la razón, eleva a la criatura a una brillante rejión, a un firmamento cuajado de misterios mucho más excelsos i profundos que los que se divisan en los dominios racionales, rejión en la que de alguna manera alcanza ya a vislumbrar el esplendor del cielo i saborear el amor divino.

BIENHECHORA INFLUENCIA DE LA IGLESIA EN LAS CIENCIAS I EN LA CIVILIZACIÓN.

Una vez que la razón i la fe, mui distantes de oponerse entre sí, se ayudan mutuamente i se prestan recíprocos servicios, la Iglesia, custodia de la última,

no puede de ninguna manera contrariar el desenvolvimiento i adelanto de las ciencias, i de las artes; más bien las desenvuelve i favorece grandemente. ¿Se ignora acaso que en el jeneral naufragio de la civilización antigua, ella salvó cuanto pudo para transmitirlo a las jeneraciones futuras? ¿Acaso no se ha manifestado i se manifiesta siempre celosa en fundar escuelas, colejos, universidades, bibliotecas i museos para difundir por todas partes las luces? ¿Cuándo han faltado en su seno los hombres de letras i de ciencias que cultivan, entre los primeros, los diversos ramos del humano saber? La esposición i la esplicación, en fin, de los dogmas revelados ¿no ha dado en las diversas épocas gran impulso a la filosofía i a todas las demás ciencias?

Innegable es, señores, la influencia bienhechora de la Iglesia en las artes, en las ciencias i en el verdadero progreso de la humanidad; i evidenciada queda también la perfecta i acabada armonía con que la revelación i la razón enriquecen de verdades al entendimiento. Son dos luces que proceden de un mismo manantial, que es la sabiduría inmarcesible, esplendísimas e ilimitadas del Ser Supremo i necesario.

LA ENSEÑANZA RELIJIOSA BASE NECESARIA DE LA MORALIDAD

Paso ahora a probar que Dios es también el fundamento necesario de la moralidad; i, como Dios es el autor de nuestra naturaleza, nos incumben deberes que cumplir para con nuestro Creador i Conservador, deberes que componen la relijión; i por tanto ésta es indispensable para formar el corazón del hombre.

No es posible cambiar la esencia de ninguna cosa sin que por el mismo hecho se la destruya. Por tanto, si a la moralidad se le quita la esencia que le es propia i se la sustituye con otra, deja al punto de ser lo que es i se la hace morir.

Ahora bien, suprimida la existencia del Ser Supremo, se cambia necesariamente la esencia de la moralidad.

La moral no es ciencia especulativa, sino práctica; tiene por objeto, no la simple inquisición i contemplación de ciertas verdades, sino la dirección de nuestros actos al conseguimiento de un fin determinado.

El fin que sirve de centro a la dirección moral de nuestros actos libres es el último fin, aquel bien que corresponde a la naturaleza específica i superior de nuestro ser, al cual se arreglan i subordinan todos los otros.

Pues bien, si no hai Dios, ¿en qué consistirá el fin último del hombre? Nó en el bien infinito, eterno, necesario; i sí en los bienes finitos, percederos i contingentes.

I una vez que sean los bienes del mundo los que constituyen la perfección de nuestro ser i el centro i móvil de nuestras facultades, ¿cuál será la norma a que hayan de ajustarse nuestras acciones?

SISTEMAS ABSURDOS E INACEPTABLES SOBRE LA MORALIDAD

Oigamos lo que nos enseña la ciencia sin Dios acerca de este gravísimo problema. El utilitarismo con todos sus matices, el empirismo moral también con

los suyos i el estoicismo Kantiano: ved ahí, señores, la rica herencia de que se enorgullece la Filosofía atea.

Ya se adivina por el número solo de tales soluciones la desconfianza con que no puede menos de mirarlas todo entendimiento de buen sentido. En efecto, el utilitarismo sensualista proclama, por boca de Epicuro, de Lamettrie, Diderot, Feuerbach, Spencer, etc., el placer como norma de Moral; el altruista defiende con Pufendorff, Comte, Littré, Stuart Mill, Lotze, Paulsen, etc., que es la felicidad social; i el pesimista con Schopenhauer i Hartman no reconoce otra que la compasión i simpatía por la desgracia ajena.

Tales soluciones no placen al Empirismo Moral o Intuicionismo, cuyos defensores tampoco están acordes: quienes como Hutcheson i Jacobi, la colocan en un sentido moral, distinto del entendimiento i superior a los sentidos corporales; otros como Herbart, en un gusto moral; i no faltan quienes, como Smith, enseñan que la norma de moral es la simpatía o antipatía que nos causan las acciones i personas de los demás.

Finalmente el racionalismo moral muestra otro rumbo; no se orienta hacia la felicidad, el hombre no puede poseerla i los actos con que pretende alcanzarla son una quimera. Porque, según Kant, la norma de Moral es el imperativo categórico, que él ideó i que en realidad no pasa de ser sino un delirio, como también lo son sus juicios sintéticos *a priori*, que estableció sin base alguna.

¿Con qué, pues nos deja la ciencia sin Dios? Con una algarabía de palabras que confunden a nuestra mente i la inclinan a mirar a la Moral como algo

egoísta, mudable, arbitrario, ciego i de todo punto incapaz de llevarla a su verdadera felicidad. Esto, en cuanto a nuestro entendimiento. Veamos ahora cuán funestas son en la práctica estas desquiciadoras doctrinas.

I bien, ¿no es verdad que convirtiendo lo honesto en lo útil se altera i cambia la esencia de la moralidad? Según el concepto que tenemos de ésta, hai actos intrínsecamente buenos o malos, actos que en toda ocasión i respecto de toda clase de personas son ilícitos. Mas, ¿sucedería así si la moralidad no fuera otra cosa que la utilidad? De ninguna manera. Siempre sería honesto todo lo útil i lícito lo que procurara provecho.

Se cambia pues la esencia de la moralidad cuando se suplanta ésta por la utilidad; lo cual equivale a destruirla: decir que no hai para el hombre otra máxima de rectitud en el obrar que lo útil para conseguir el bien mundano, es negar el orden moral.

I colocando así el fin del hombre en los bienes finitos, ya éste perdería por lo mismo su libre albedrío, pues tendría que tender necesariamente a estos bienes que constituirían su fin supremo; i no tendría ya respecto de ellos facultad de elegir.

VII

DESASTROSOS RESULTADOS DE LA ENSEÑANZA I DE LA MORAL SIN DIOS.

Con estos principios desquiciadores del orden moral, que se han venido propalando en muchas naciones no es estraño que se hayan formado jeneraciones de

espíritus enfermizos, de inteligencias endebles i vacías de sólidos conocimientos. Mortífero ha de llamarse, con propiedad, este sistema de educación que tiene por máxima proscribir el dogma i la moral cristiana. ¿Cómo puede decirse educación lo que no es más que perversión de la mente i corrupción del corazón?

«No hai educación posible, ha dicho Flammarión, sin conciencia i no hai conciencia sin un ideal divino. Se ha sembrado el grano de materialismo, desde hace veinte años sobre todo, i se ha cosechado hoi el reino... de los anarquistas».

Que si educar es fundar algo sólido i grandioso, edificar conocimientos útiles i labrar virtudes en el hombre, aprovechando diestramente los primeros albores de la razón que ensancha sus pupilas, sedientas de luz i los jenerosos arranques del corazón, que se dilata aspirando el frescor de la virtud, ¿qué puede construir en el alma del niño la mano cruel que siembra en ella negaciones, i ¿de verdades tan trascendentales i fecundas como las de relijión i moral? ¿Qué puede dar por fruto sino el escepticismo en la mente i la rebeldía en el corazón? ¿Qué clase de hombres puede formar una educación racionalista, una educación sin relijión ni fe?

El cimiento verdaderamente sólido, inquebrantable, de todos los deberes del hombre no es otro que la necesidad moral de acatar la soberana lei de Dios; a Dios, es hablando con exactitud, a quien es deudor el hombre de lo que se debe a sí mismo i a sus semejantes. Derruid ese cimiento de respeto i amor a Dios i veréis cómo se desmorona i viene a tierra el edificio de la moral, combatido por el sofisma i las pasiones.

Por eso ha dicho una voz inspirada: Teme a Dios i guarda sus mandamientos; que esto es ser hombre, hoc est enim omnis homo: expresión profunda que nos da a entender cual es el fundamento de todos los preceptos morales.

LA PALABRA DE PÍO IX

Con mirada escrutadora i con previsión paternal advertía ya Pío IX en 1864, en carta dirigida al arzobispo de Friburgo, los males que se podían temer de la enseñanza laica o atea.

«La educación, le decía, sin el socorro de la doctrina i de la lei moral católica... tiene que enjendrar necesariamente una raza de hombres entregada sin freno a las malas pasiones i al orgullo de su razón; i unas generaciones de este modo educadas no pueden menos de acarrear grandes calamidades a las familias, a las sociedades i a los estados... Este detestable método de enseñanza, separado de la fe católica i de la tutela de la Iglesia, producirá efectos todavía más funestos, si se aplica a las escuelas populares, porque en estas escuelas la doctrina de la Iglesia debe tener el primer lugar».

Las predicciones del Pontífice se han cumplido por desgracia; i poseídos hoi de profunda amargura estamos viendo desparramados por el mundo todos los frutos emponzoñados que han producido el sistema educacionista que prescindió de Dios i de la Relijión. Apartaron a las inteligencias juveniles de Aquel que es verdad i las sumieron en tristes dudas i densas tinieblas; desviaron a los inespertos viajeros de Aquel que es camino seguro i hoi, en confusión horrible, no

aciertan con sus futuros destinos, buscando felicidad fácil i pronta donde no encontrarán sino desgracia, mentidos bienes i amargos desengaños; i porque huýeron de Aquel que es la vida, apenas comenzaron a vivir hallaron la muerte de sus risueñas ilusiones, la muerte de sus delicados afectos, la muerte temprana en funestos vicios; i con ellos viene también la muerte de la sociedad.

Con sobrada razón i con justa indignación ha podido afirmar Menéndez i Pelayo «que apagar en la mente del niño aquella participación de luz increada que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, declarar incognoscible para él e inaccesible, por tanto, el inmenso reino de las esperanzas i de las alegrías inmortales, es no sólo un horrible sacrilejio sino un bárbaro retroceso en la obra de civilización i cultura que veinte siglos han elaborado dentro de la confederación moral de los pueblos cristianos. El que pretende interrumpirla o torcer su rumbo se hace reo de un crimen social».

¿Quién no comprende, señores, que la consecuencia lójica de la irrelijión tiene que ser sin duda la anarquía i el desprecio i la destrucción de todas las autoridades de la tierra; que después del altar caerá el trono i no sólo el trono del rei, sino el sitial del presidente i el de todo señor o patrón?

El réjimen de la violencia, de la rebelión, de la maldad, del asesinato impera por todas partes con ímpetu aterrador; i todo ello, digámoslo una vez más, porque se desterraron los principios, los únicos principios que son los cristianos, de la fe i del derecho natural enseñado o confirmado por la fe; i no hai más remedio que rodar hasta los fines, hasta las últimas con-

secuencias. O Dios o la nada es el principio del mundo físico i, o Dios o la nada es el principio del mundo moral; o la lei de Dios o ninguna.

VIII

NOTABLE DECLARACIÓN DE GRANDES POLÍTICOS

Perentoria confesión de la impotencia de los recursos naturales para detener el inmenso oleaje que amenaza hoi a la civilización i al orden es la siguiente palmaria declaración que los ministros de los Imperios Británicos se vieron obligados a hacer, en memorable i reciente documento: «En el desorden i caos del mundo no les es posible a los políticos, ni a nadie fundar la paz, si a los recursos de que dispone la política no se añade el firme cimiento espiritual de la fe en Dios como Padre i aceptación i reconocimiento de los designios de Dios, eje de la doctrina cristiana... Por lo cual, añadían, recomendamos a nuestros conciudadanos la urgencia de que los hombres de buena voluntad consideren también la verdad i validez eternas de aquellas fuerzas espirituales, que son en definitiva las únicas que permiten esperar en el reinado permanente de la paz en el mundo».

Conviene, por tanto, dejar consignado un hecho admitido en principio por todos los entendimientos elevados, cual es: que el mundo no saldrá victorioso de la crisis actual hasta que la relijión recobre su imperio. I si les preguntáis de qué manera la relijión puede volver a ser la regla de las creencias i costumbres, os contestarán también unánimemente: Que la relijión no volverá a reinar en los entendimientos i

en los corazones hasta que se apodere de las jeneraciones nacientes.

Oíd si no la voz autorizada del Padre de la Iglesia, de Su Santidad Benedicto XV. Hablando a una Delegación de Juntas Diocesanas con ocasión del último Congreso Social Católico Italiano, decía: «El niño representa el porvenir de la sociedad; será la sociedad de mañana, tal cual la hayan formado los niños de ahora i el caudal de bondad que encierre estará en proporción con la educación que hayan recibido los niños de hoy. Por lo cual importa sobremanera inculcar los sentimientos relijiosos i los principios de la verdadera honradez en el corazón de la niñez i juventud de nuestra época. De aquí que sean necesarios la jenerosidad de los ricos i acaudalados, la paciencia de los maestros, el cuidado i solicitud de todos en procurar no le falte a la juventud una educación completamente relijiosa, que muestre esperanzas ciertas de un porvenir mejor para la sociedad».

La enseñanza de la doctrina cristiana se impone por tanto en nuestros días como una de las necesidades más imperiosas. La sociedad vive olvidada de Dios, no lo considera como principio de todas las cosas, ni le busca como un fin último, en el que consiste la suprema felicidad i perfección suma; i por esto es víctima de tantos errores i de tan lamentables extravíos. El positivismo i el naturalismo han combatido la elevación de las ideas relijiosas i como consecuencia inevitable han llegado a producir la tibieza, la indiferencia práctica, la ignorancia de los deberes morales i los crímenes más abominables.

IX

EFFECTOS DESGRACIADOS EN CHILE

Males son éstos que hemos de deplorar también en nuestra patria i que han causado ya lastimosos resultados. También aquí, por desgracia, se ha sembrado semilla de impiedad i de ateísmo en la enseñanza i se ha debido reconocer que son mui amargos sus frutos. Se han relajado los vínculos de la familia, se ha perdido el respeto a la autoridad paterna, a la autoridad del maestro, a la autoridad pública. Socavado el cimiento de la verdadera educación, se va desmoronando mui a prisa el edificio social que fundaron en base sólida nuestros gloriosos antepasados.

EL ÚNICO REMEDIO

Contra tamaños males sólo existe un remedio eficaz: la rejeneración social por medio de la instrucción i de la educación relijiosa. Es preciso abandonar el sistema de la instrucción laica, si queremos detener sus funestísimas consecuencias; i volver prontamente al sistema de educación que reconoce por fundamento incommovible la enseñanza de la relijión i de la moral; sistema que está abonado con la esperiencia de muchos siglos i que siempre dió opimos frutos.

Tomen su puesto en las cátedras para enseñar la relijión verdadera, que es al mismo tiempo la relijión del Estado, reconocida i autorizada por nuestra Carta Fundamental, los únicos que recibieron del Maestro infalible la misión de predicarla i de propagarla;

sí, difúndanla los sacerdotes por las escuelas, los colejos i las universidades, vayan a la juventud i al pueblo i den a conocer sus luminosas doctrinas i sabias máximas a los que las odian más que por convicciones por ignorancia i error.

Faciliten la obra de los ministros de la verdad, los que dirijen la enseñanza pública, valiéndose de los muchos medios que tienen entre manos. Que no corran recursos naturales, sino que con la Relijión revelada que predicó el Maestro Divino i que hace veinte siglos tuvo virtud para concluir con la barbarie del mundo, se podrán remediar los males actuales. Sí, con esa antorcha de la verdad i con ese antidoto del vicio, se iluminarán los entendimientos i sanarán los corazones; i vueltos al seno del hogar los hijos extraviados, reinará de nuevo en la familia chilena, la paz, el orden i el amor.

He dicho.

RAFAEL LIRA I., Pbro.

CONTESTACIÓN DEL MIEMBRO ACADÉMICO PREBDO.
D. J. LUIS ESPÍNOLA COBO.

Cumplo el grato deber de dar la bienvenida al estimado compañero i amigo D. Rafael Lira Infante, i felicitar a esta Corporación, porque tendrá en él un obrero más, decidido i abnegado, para trabajar en la obra que corresponde a la Facultad de Teología, en la enseñanza que da el Estado a los estudiantes de las Humanidades.

Dedicado el Sr Lira a la dirección de un importantísimo plantel de educación, ha sido elegido con mucho acierto.

Su conocimiento titulado de las Leyes, la práctica de éstas por algunos años, i sus completos i laureados estudios teológicos le hacían merecer con toda justicia esta distinción en las aulas universitarias.

Como sacerdote, quisiera él que se restableciere en el mundo cual fundamento de la ciencia humana, la divina ciencia.

Como chileno, desearía que, lejos de aminorarse o quedar en desmedrada condición, la enseñanza religiosa aumentara en extensión e intensidad, penetrando todos los ramos del saber que alguna relación tuvieren con las elevadísimas verdades del orden sobrenatural i perfeccionando su esposición en cuerpo de doctrina, su defensa i su lejitima autoridad sobre las cosas puramente terrenas.

La patria de Ampiere, Cuvier, Pasteur i de otros, innumerables sabios de fe cristiana, está respondiendo ya a aquella aspiración con la sublime Unión Sagrada, en que se dan la mano para ayudarse unos a otros a vivir la nueva vida que brotó del desengaño i del sacrificio, todos los hombres, todos los grupos, todos los partidos i todas las instituciones, llámense, científicas, políticas o religiosas, i que hace esperar se produzca una fuente inagotable de luz en el reconocimiento sincero de la armonía que existe entre las enseñanzas de la Fe i las verdades evidentes i bien definidas de la ciencia.

Si ésta suele inclinarse en contra de la Fe cuando le estorba en sus hipótesis, la Fe abre ancho campo a todas las investigaciones, en la certidumbre de que,

alcanzándose la verdad, nunca dirá ésta algo contrario a otras verdades cuyo conocimiento debe el hombre a Dios.

Conservada en Chile hasta hoy la lei constitucional que reconoce como relijión propia la cristiana católica, i ampara su cumplimiento, hemos de confiar en que la Divina Providencia nos conceda el mantenimiento de los medios que nos hayan de dar, como en lo material, también en lo moral, relijioso i científico una vida próspera de armonías i de luz.
